

LA REALIDAD ÉTICA DEL LAZARILLO DE TORMES DESDE UNA PERSPECTIVA ERASMISTA

Obra grávida de enigmas, el *Lazarillo de Tormes* ha suscitado crítica ejemplar. El autor, la fecha, la unidad de la obra, su temática, contenido ideológico y simbolismo, todo ha sido considerado con penetración. Los muchos intentos críticos ofrecen, sin embargo, interpretaciones tan variadas como contradictorias; posiblemente será siempre así porque, auténtica obra maestra, el *Lazarillo* es proteico, imposible de encasillar e inagotable.

Como es necesario un punto de partida para adentrarse en la polifacética intimidad del *Lazarillo de Tormes*, he elegido un elemento evidente en la obra: la crítica anticlerical. Las primeras preguntas que se imponen son las obvias: ¿Persigue tal crítica un objetivo determinado? ¿Cuál es el espíritu que la inspira? Marcel Bataillon ha señalado la larga tradición medieval que se expresa con sátiras análogas. Para Bataillon, "nada hay en el *Lazarillo* que difiera de la sátira de los *fabliaux*".¹ Pero es sabido que si bien los temas pueden repetirse indefinidamente, y de hecho se repiten de siglo en siglo, es difícil, y en realidad imposible, que el espíritu que los anime sea idéntico. No siente el lector del *Lazarillo* la risa despreocupada del *fabliau* medieval, que Joseph Bédier definió claramente:

L'esprit qui anime cette masse est fait de bon sens frondeur, gai, d'une intelligence réelle de la vie courante du monde, d'un sens très exact du positif. Pas de naïveté, mais un tour ironique de niaiserie maligne; ni de colère ni, d'ordinaire, de satire qui porte; mais la dérision amusée, la croyance commune à tous au moyen âge, que rien ici-bas ne doit, ni peut changer, et que l'ordre établi, immuable, est le bon; l'optimisme, la joie de vivre, un réalisme sans amertume.²

La mera repetición temática no ha implicado nunca comunidad de ideas y, menos aún, de experiencias vitales. Esa alegría de vivir, ese optimismo, ese divertirse sin amargaras, me parecen

¹ MARCEL BATAILLON, *Erasmus y España*, México, 1950, II, pp. 211-212; *Novedad y fecundidad del Lazarillo de Tormes*, Madrid, 1968, p. 17.

² JOSEPH BÉDIER, *Les Fabliaux*, Paris, 1895, p. 340.

exactamente lo contrario de la actitud vital del *Lazarillo de Tormes*.

Hasta la atmósfera espiritual de la obra ha inspirado los juicios más diversos. Para Américo Castro no es éste "libro triste ni desengañado", y lo fundamental en él no es "el negativismo sin salida".³ En cambio, para Stephen Gilman, el autor del *Lazarillo* dice: "Abajo con el honor, la lealtad, la fe, el amor, la respetabilidad", y lo único que resta es la "ignominia estática y el rendimiento incondicional".⁴ Fernando Lázaro Carreter encuentra que la obra, "pese a su fuerte compromiso crítico", posee un "tono cordial y regocijado", mientras que Francisco Márquez Villanueva ve en él "un libro anegado de sarcasmo, nacido de una conciencia particularmente amarga y desesperanzada", de "virulento pesimismo".⁵

La simple sátira anticlerical, por corrosiva que sea, permite cierta cordialidad en el tono y, por sí sola, no implica un desengaño profundo. Pero si esa sátira, más que simplemente eslabonarse como subtema en la temática general de la obra, se hiciera parte sustancial de una visión del mundo que revelase el triunfo de la hipocresía, es decir, de la apariencia, del no-ser, y la absoluta derrota del Amor, o sea del Ser, entonces sí que sólo quedaría la desesperanza como esencia de una visión del mundo radicalmente amarga. ¿Desde qué perspectiva filosófica era tal visión probable en el siglo XVI? ¿Cuál era la posible atalaya de ideas e ideales desde donde miraba el mundo el autor del *Lazarillo*? Son éstas las preguntas a las que se intenta aquí dar respuesta hipotética.

La sátira anticlerical es uno de los elementos más frecuentes de la crítica erasmista. Según Bataillon, la del *Lazarillo* no es producto de un pensamiento embebido en los principios del cristianismo humanista de Erasmo, que hacia mediados del siglo XVI fructificó en los mejores intelectos españoles (como el mismo Bataillon lo demostró sobradamente en su obra magistral).⁶ Siguiendo al hispanista francés, Lázaro Carreter afirma que nada hay más insostenible que la filiación erasmista de

³ AMÉRICO CASTRO, *Hacia Cervantes*, Madrid, 1967, p. 127.

⁴ STEPHEN GILMAN, "The death of *Lazarillo de Tormes*", *PMLA*, LXXXI (1966), pp. 149-166.

⁵ FERNANDO LÁZARO CARRETER, "Construcción y sentido del *Lazarillo de Tormes*", *Abaco*, I (1969), p. 134. FRANCISCO MÁRQUEZ VILLANUEVA, *Espiritualidad y literatura en el siglo XVI*, Madrid, 1968, p. 103.

⁶ BATAILLON, *Erasmo y España*, II, pp. 211-213.

nuestra novela.⁷ Sin embargo, el lúcido estudio de Márquez Villanueva sobre la actitud espiritual del *Lazarillo* señala cómo éste "no es comprensible desgajado del movimiento ideológico producido en España por influencia de Erasmo".⁸ Apunta a ello el hecho de que la sátira anticlerical, lejos de ser meramente burlesca, se muestra sujeta "a un plan de intenciones caracterizado por referencia a un armazón teórico de neto carácter erasmista". Eugenio Asensio, aunque niega de plano el posible erasmismo del *Lazarillo*, ha vislumbrado en él la impronta del iluminismo,⁹ y Américo Castro el espíritu de los cristianos nuevos.¹⁰ Ninguna de las tres últimas hipótesis se excluyen, pues es bien sabido lo profundamente que estaban interrelacionados el erasmismo y el iluminismo, y cuán intensamente participaban en ambos los cristianos nuevos.¹¹ El cristianismo del *Lazarillo de Tormes* es indudablemente heterodoxo, pero de pura rai-gambre neo-testamentaria.

Por otra parte, desde que F. Courtney Tarr¹² se propuso demostrar la unidad de la obra, se ha intentado encontrar en su sucesión episódica una constante temática, y así el tema del hambre o el de la honra estructurarían la novela. Pero el tema del hambre sólo explicaría los primeros tratados, mientras que el de la honra no explicaría el tratado quinto. El profundo estudio de Gilman encontró en la ambivalencia *vida-muerte* el núcleo de unidad. Por cierto, todos estos temas, el del anticlericalismo entre ellos, se dan e interpenetran en el *Lazarillo*. Pero están allí sólo como elementos de mayor o menor importancia, configurando la implacable visión de un mundo donde la "caridad se subió al cielo", y ha triunfado la hipocresía, la apariencia, el no-ser.

I

Muy sutilmente comienza a afiliarse desde el prólogo la sátira anticlerical, al hablar de los predicadores que, deseando "mucho

⁷ LÁZARO CARRETER, *Construcción*, p. 129.

⁸ MÁRQUEZ VILLANUEVA, *Espiritualidad*, p. 74.

⁹ EUGENIO ASENSIO, "La intención religiosa del *Lazarillo de Tormes* y Juan Valdés", *Hispanic Review*, XXVII (1959), pp. 78-102.

¹⁰ AMÉRICO CASTRO, *Hacia Cervantes*, pp. 128 ss.

¹¹ BATAILLON, *Erasmo y España*, I, pp. 194-250.

¹² F. COURTNEY TARR, "Literary and artistic unity in the *Lazarillo de Tormes*", *PMLA*, XLII (1927), pp. 404-421.

el provecho de las almas", cuidan en realidad de su fama o, como dijo Erasmo, "tienen más respeto a su interés propio que a la gloria de Jesucristo".¹³ De modo tal que no predicán por amor al prójimo sino por provecho personal; o sea que la vanagloria sustituye a la caridad. En el tratado I la afirmación de la falta de caridad se hace explícita: "No nos maravillemos de un clérigo ni fraile, porque el uno hurta a los pobres y el otro de casa para su devotas y para ayuda de otro tanto, cuando a un pobre esclavo el amor le animaba a esto."¹⁴

Zaide, tal vez el más patético de los personajes del libro, actúa "porque el amor le animaba a esto" y no por provecho propio; y a resultas de su acto es azotado y pringado, castigo crudelísimo y propio de esclavos. Nótese que es un "pobre esclavo" y, por serlo, desheredado de todo, quien da a los demás en razón de sentimientos esencialmente humanos, y en ese dar y darse es aniquilado por la justicia de los hombres. Esa misma justicia es ciega al robo de aquellos cuya función debe ser, por excelencia, misión de caridad. Los clérigos y frailes no solamente no actúan por amor, sino que lo hacen en contra de los mismos a quienes su amor debería primeramente proteger: los pobres, para Erasmo, templos vivos de Dios.¹⁵ La antítesis planteada aquí es extrema: éste es un mundo donde el pobre es castigado por una culpa que es acto de amor, y los que deben amar a los pobres les roban impunemente.

Un eclesiástico erasmista, Juan de Maldonado, en su *Pastor bonus* (1529) acusa acerbamente el sombrío materialismo de estos frailes que "presumen de inocentes corderos, y se portan como lobos voraces".¹⁶ La sociedad entera se contamina de la inmoralidad de sus malos pastores, y en ella encuentran los laicos excusa y ejemplo para la propia. La rapacidad del clero infesta así el resto de la sociedad. Maldonado pinta un cuadro harto sombrío:

¹³ ERASMO, *El Enquiridión o Manuel del caballero cristiano* (traducción española 1524), ed. de Dámaso Alonso, prólogo de M. Bataillon; Madrid, 1932, p. 257. En adelante, este libro será designado en el texto con la abreviatura *Enquir*, seguida del número de página.

¹⁴ *Lazarillo de Tormes*, ed. Francisco Rico, en *La novela picaresca*, Barcelona, 1967, pp. 11-12. En adelante será designado en el texto con la abreviatura *L.* seguida del número de página.

¹⁵ ERASMO, *Coloquios* (traducción española 1529), ed. de Ignacio de Anzoátegui, Buenos Aires, 1947, pp. 124-125. En adelante se le designará con la abreviatura *Col.* seguida por el número de página.

¹⁶ BATAILLON, *Erasmus y España*, I, p. 339.

desde los magnates del negocio internacional hasta los campesinos oprimidos y hasta los artesanos reducidos, por la decadencia de sus oficios, a la mendicidad o al suicidio. Pero la razón de ser de este cuadro es el clero que se apaña en primer plano... Es que para nuestro sacerdote moralista todo este mundo está abandonado a sus malos instintos, víctima de la omnipotencia del dinero, privado de un clero digno de ese nombre, que obedezca a una autoridad espiritual.¹⁷

Maldonado habla de una humanidad muy semejante a la que pulula en el mundo del *Lazarillo*, también abandonada a la maldad, en la cual el pobre es condenado a la mendicidad o a la desesperación, y así nuestro *Lazarillo*, en su ruin fortuna, pidió "a Dios muchas veces la muerte" (L., 48). De este mundo desangrado de caridad es culpable el mal pastor, que se ha convertido en lobo para sus ovejas, pero aparentando ser cordero. Porque lo que muestran tanto Maldonado como el autor del *Lazarillo* es no sólo un mundo cruel, sino también, y especialmente, un mundo hipócrita; mejor dicho, un mundo de hipócrita crueldad. Es de notar que la crítica anticlerical está lejos de ser aquí mero capricho, intento burlesco o farsa divertida. Tiene, por el contrario, papel esencial al entroncar en la tragedia vital de una sociedad condenada a la inmoralidad. Y de esa inmoralidad es causa ejemplar la de los falsos sacerdotes, que han traicionado a Cristo por Baal.

Epítome de avaricia es en el *Lazarillo* el cura de Maqueda. Muy sutilmente, el autor sugiere que la cualidad es propia del estado clerical: "No digo más sino que toda la laceria del mundo estaba encerrada en éste: no sé si de su cosecha era o *lo habia anejado con el hábito de clerecia*" (L., 28). Así que la avaricia, pasión del cura, hubiera podido venirle con el hábito, pues, como luego dirá el escudero, "canónigos y señores de iglesia es gente tan limitada" (L., 62), o sea, tan poco liberal. La intención generalizadora del autor es evidente, por un lado en la referencia al hábito común del estado religioso, por el otro al atribuir la falta de generosidad a toda la jerarquía eclesiástica, desde el ínfimo cura de parroquia pequeña a los grandes "señores de iglesia". Pero ésta es una avaricia a la que pronto se agrega una nota esencial: la carencia de caridad, el egoísmo mortal del cura de Maqueda: "Pues ya que conmigo tenía poca caridad, consigo usaba más" (L., 29). Además es una avaricia sacrílega,

¹⁷ BATAILLON, *Erasmus y España*, I, p. 391.

ya que hasta durante la celebración de la misa se revelaba la obsesión del celebrante por el dinero.¹⁸ Y, sobre todo, el cura de Maqueda es hipócrita: "Y por ocultar su gran mezquindad decíame: 'Mira, mozo, los sacerdotes han de ser muy templados en su comer y beber, y por eso yo no me desmando como otros.' Mas el lacerado mentía falsamente, porque en cofradías y mortuorios que rezamos, a costa ajena comía como lobo y bebía más que un saludador" (*L.*, p. 30). Hipócrita templanza, egoísta mezquindad: el clérigo de Maqueda es la negación espiritual de su estado sacerdotal. Para Maldonado, la conversación del buen pastor "debe huir hasta de la sospecha de hipocresía".¹⁹ Ya Erasmo había dicho que es éste "vicio que más comúnmente se falla entre frailes y clérigos... Porque hipocresía, según comúnmente se toma es sanctidad fingida" (*Col.*, 100). El clérigo de Maqueda no es sino pura apariencia de sacerdote, pero apariencia peligrosa. Es él quien por primera vez lleva a Lazarillo a los umbrales de la desesperación: "De manera que en nada hallaba descanso, salvo en la muerte, que yo también para mí, como para los otros, deseaba a veces; mas no la vía, aunque estaba siempre en mí" (*L.*, §1). En el aire enrarecido hasta la asfixia por la hipocresía del "cruel sacerdote", la fe y la caridad, que son la vida del alma cristiana, no existen. El cura de Maqueda está muerto en su espíritu, y Lazarillo respira la atmósfera mortal de la crueldad hipócrita de su amo, de quien bien podría decirse, en palabras de Erasmo:

Vees también... a tu prójimo padecer mil desventuras, y con tal que tu hacienda esté a salvo, en lo demás no tienes compasión dél ni se te da un maravedí. ¿Qué me dirás que es la causa porque esto no lo siente tu alma? A la fe, hermano, porque está muerta. ¿Cómo muerta? Porque no tiene en sí a su verdadera vida, que es Dios. Ca donde Dios está, allí mora la caridad, pues el mismo Dios es caridad. Porque, de otra manera, si tú eres miembro vivo de Cristo, dime ¿cómo puede alguna otra parte deste cuerpo (como es el prójimo, que es también miembro) tener dolor, sin que tú también te duelas ni aun te sientas? (*Enquir.*, 121.)

¹⁸ ALFONSO DE VALDÉS, *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, ed. de José de Montesinos (*Clás. Cast.*), Madrid, 1928, pp. 131-133. Valdés se indignaba de que se mezclasen las cosas santas con el más craso materialismo: "al baptismo, dineros, a la confirmación, dineros... no oíréis misa en tiempo de entredicho sino por dineros".

¹⁹ BATAILLON, *Erasmo y España*, I, p. 393.

Bataillon niega el erasmismo del *Lazarillo* porque Erasmo "no reprochaba al clero vivir mal, sino creer mal". Pero, por un lado, no fue parco Erasmo en su crítica a la vida de los clérigos, que "están con hambre perpetua para cosas de deleites" y son auténticos fariseos (*Enquir.*, 259-268). Vida moral y vida religiosa son una misma cosa para el cristiano, y para el cristianismo erasmista. Por otro lado creo que hay sobrada evidencia en el tratado II del *Lazarillo* para revelar que el cura de Maqueda no sólo vive mal, sino que, exento de caridad y auténtica fe, nada tiene de cristiano sino el hábito, o sea la apariencia, "teniendo su avaricia y su ambición y otros vicios semejantes tan enteros, como si nunca oyesen decir qué cosa es ser cristiano".²⁰ Pues, como dice San Pablo, todo esto "es una especie de idolatría" (*Ep. a Col.* 3,5).

A esa clerecía idólatra pertenecen todos los clérigos que transitan la novela, como el fraile de la Merced, a quien ciertas mujeres llamaban pariente, "perdido por andar fuera, amicísimo de negocios seglares y visitas", y culpable de ciertas "cosillas" incomparables que hacen huir a Lazarillo (*L.*, 66-67).

Tanto el cura de Maqueda como el capellán del tratado VI no encuentran contradicción alguna entre su estado religioso y los negocios del mundo; pero ya lo decía Pánfiro en el *Coloquio de los viejos*, "que lo uno se podría ayuntar con lo otro", ya que "ninguna cosa hay más religiosa que las órdenes mendicantes, mas no hay cosa más semejante a la negociación. Andan por todas las tierras y mares; ven y oyen muchas cosas, negocian en casas de ciudadanos y nobles" (*Col.*, 41-42). *Monachus non es pietas*, y, en verdad, en el *Lazarillo* de Tormes sólo el hábito visten los monjes, porque el corazón se lo han entregado no a Cristo sino al mundo, y a un mundo sin Cristo.

En el tratado V culmina el tema de la hipocresía a través, una vez más, de un motivo frecuentísimo en la crítica erasmista: el problema de las bulas como factor de salvación eterna.²¹ La esencia misma del buldero es la fingida apariencia, "desenvuelto y desvergonzado" hasta en el habla, que cuando juzgaba conveniente hacerse un Santo Tomás hablaba un latín "que lo

²⁰ ALFONSO DE VALDÉS, *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, p. 207.

²¹ VALDÉS, *Diálogo de las cosas*, p. 129-130: "Aquel vender de oficios, de beneficios, de bulas, de indulgencias, de dispensaciones tan sin vergüenza que verdaderamente parecería una irrisión de la fe cristiana, y que los ministros de la Iglesia no tenían cuidado sino de inventar maneras de sacar dineros."

parecía, aunque no lo era" (L., 68). Negociador de indulgencias, o sea vehículos de gracia divina, llega a sacrílegos actos de suma hipocresía en la plegaria para que la verdad de su supuesta inocencia sea revelada, en el falso exorcismo, en "aquella oración no menos larga que devota". Oración que en realidad no es más que palabra y gesto exterior, "puestas las manos al cielo y los ojos que casi nada se le parecía sino un poco de blanco" (L., 72). Tanto manipuleo de cosas sagradas no es para él más que "risa y burla", ocasión de negocio y provechoso engaño. En la intercalación de la edición de Alcalá se acentúa aún más el plagio sacrílego, en el fingido milagro de la cruz candente. Numerosísimos son los textos de Erasmo o de filiación erasmista que insisten que las indulgencias nada valen sin una vida moral que revele auténtica caridad.²² Aquel que confiado en las indulgencias no viva una vida cristiana "se les tornarán las bulas en burlas, pues se hallarán burlados cuando se les acabare la vida que en hucia de ellas hobiere mal vivido" (Col., 66). Esto parece aplicarse ajustadamente a la intercalación de Alcalá: "¿Qué os parece cómo a estos villanos que con sólo decir cristianos viejos somos, sin hacer obras de caridad, se piensan salvar, sin poner nada de su hacienda" (L., 74).

Gran hipócrita es el buldero, pero su industria de fingimientos sólo puede ser posible en ese mundo de piedad exterior, de apariencia y no de vivencia religiosa. Sin quererlo dijo el buldero verdad, tal vez la única entre tanta mentira astuta; y, aunque involuntaria, verdad al fin: "que por la poca caridad que en el pueblo había la cruz ardía" (L., 75). Porque solamente en un mundo donde la religión se ha transformado en pagana idolatría de signos exteriores puede darse la actividad del buldero, traficante de una salvación cómoda que pretende sustituir la caridad por el dinero, o sea Cristo por el mundo. Pero, para que esto pueda ocurrir, es necesaria esa multitud de

²² ERASMO, *Enquiridión*, pp. 267 ss.: "Tú tienes creído que con una bula con cera... son ya levadas tus culpas, sin tener muy verdadera contrición ni arrepentimiento dellas." *Coloquios*, p. 70: "que siendo en todas las otras cosas que tocan a buena cristiandad un perdido burlador, toda la confianza de su salvación ponía en pergaminos y sellos, de esto hacía más cuenta que de corregir sus estragadas aficiones", dice el buen cristiano al morir, p. 242: "Nunca Dios quiera que yo guarnecido e armado de méritos ajenos e bulas, provoqué e haga que mi Dios entre en juicio con su siervo, sabiendo muy de cierto que, ante su majestad e divino acatamiento ninguna criatura que en el mundo vive será justificada y limpia."

ávidos compradores, que como el duque del *Diálogo* de Alfonso de Valdés, creen haber comprado el paraíso, por "tener diez o doze bulas del papa".²³

De los tres enemigos tradicionales del alma cristiana, los religiosos del *Lazarillo* parecen haberse entregado ya a dos, diablo y mundo, y solamente en el fraile de la Merced apunta el tercero, por esa sospechosa familiaridad con las hilanderas y las nefandas "cosillas". Pero el tema del pecado de la carne cobra proporciones en el último tratado, con la persona del arcipreste de San Salvador. A su incontinencia une la más desfachatada hipocresía, cuando asegura al no menos desvergonzado marido que la mujer entra en su casa, "muy a tu honra y suya. Y esto te lo prometo" (*L.*, 79). Hipócrita promesa de honra fingida: una vez más la apariencia de virtud esconde la burla de entrañables valores humanos. La incontinencia de los clérigos es, por cierto, tópico frecuente en la literatura medieval, célebre en las páginas del *Decamerón*, resonante en el *Libro del Buen Amor*. Pero en nuestro *Lazarillo*, el amancebamiento del arcipreste consume el destino del protagonista a punto tal, que el libro se escribe para relatar "el caso" muy por extenso (*L.*, 7). La ceguera moral de todos los personajes de la obra culmina en el enceguecimiento de Lázaro, y el arcipreste lujurioso es el agente de la peripecia final en la aniquilación de Lazarillo. Nuestro personaje ha ido claudicando paulatinamente, y ahora tan vacío de amor como todos sus amos y tan vacío de fe como todo su mundo, asumirá su apariencia de honra, en el triunfo final de la hipocresía, que ha embebido toda la realidad de la condición humana. Así pues la acción del arcipreste de San Salvador no es pecadillo expuesto por burla tradicional. Él es uno de esos "lobos voraces" de que habla Maldonado, que "aparentan estar castrados por amor a Cristo y sobrepasan en lubricidad a todos los galanes".²⁴ Incontinencia adúltera en el caso de nuestra historia, también ella disfrazada de respetabilidad en un falso religioso, de quien Lázaro recibe "todo favor y ayuda".

Hemos visto, pues, a los pastores y vislumbrado las ovejas que alientan en el *Lazarillo* su hipocresía esencial. "Qualis populus, talis est sacerdos" (*Col.*, 208).

²³ ALFONSO DE VALDÉS, *Diálogo de Mercurio y Carón*, ed. José de Montesinos (*Clás. Cast.*), Madrid, 1929, p. 60.

²⁴ BATAILLON, *Erasmus y España*, I, p. 389.

II

También desde el prólogo apunta el tema del triunfo, en el mundo seglar, de la hipocresía, que es premiada en mero afán de apariencia: "Justó muy ruinmente el señor don Fulano y dio el sayete de armas al truhán porque le loaba de haber llevado muy buenas lanzas: ¿qué hiciera si fuera verdad?". Este afán de aparentar es inmediatamente generalizado, porque "todo va de esta manera" (L., 6).

El trastocamiento de valores es ya evidente en la madre de Lazarillo, que yéndose a vivir a la ciudad "determinó arrimarse a los buenos", en que lo bueno, como ha sido ya notado,²⁵ es equiparado a provecho propio. Pero aun aceptando que la conducta de la madre, más que por liviandad, sea motivada por necesidad de sobrevivir, no por eso está exenta de hipocresía:

Y ella me encomendó a él, diciéndole como era hijo de un buen hombre, el cual, por ensalzar la fe, había muerto en la de los Gelves, y que ella confiaba en Dios no saldría peor hombre que mi padre (L., 12-13).

El "buen hombre", padre de Lazarillo, había sido ladrón y, a resultas de su destierro como consecuencia del robo, y no de su fe cristiana, terminó su vida en la de los Gelves. Una vez más la religión es puesta como tapujo de realidades vergonzantes.

Pero, como bien lo sabía el mismo Lázaro, su auténtico padre fue su primer amo: "Después de Dios, éste me dio la vida, y, siendo ciego, me alumbró y adestró en la carrera de vivir" (L., 14). De él recibirá Lazarillo las primeras revelaciones sobre la esencial crueldad del mundo. Desde el principio muestra tanto lo cruel como lo falso de su persona; porque el ciego había declarado recibir al niño "no por mozo sino por hijo". La burla sádica despierta a Lazarillo a una verdad: la de que en su mundo no hay amor entre los hombres, y que allí sólo es posible la soledad radical. El ciego alumbró la carrera de vivir de quien recibiera por hijo en escuela de hipocresía, y una vez más es ésta referida a lo religioso:

En su oficio era un águila. Ciento y tantas oraciones sabía de coro. Un tono bajo, reposado y muy sonable, que hacía resonar la

²⁵ B. W. WARDROPPER, "El trastorno de la moral en el *Lazarillo*", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XV (1961), p. 442.

iglesia donde rezaba; un rostro humilde y devoto, que con muy buen continente ponía cuando rezaba... Allende esto, tenía otras mil formas y maneras para sacar dinero. Decía saber oraciones para muchos y diversos efectos: para mujeres que no parían; para las que estaban de parto; para las que estaban malcasadas (L., 15).

Gran provecho sacaba de sus artes. A la postre, el ciego es el paralelo perfecto, en lo seglar, del buldero; el uno sobrio, el otro gesticulante, ambos son maestros de un mismo arte y traficantes de lo religioso. En ambos es la religión fingimiento y negocio, y los dos tienen gran éxito justamente porque sus actividades se dan en un mundo paganizado, donde la religión es mera superstición. Va a las ciudades el ciego porque en ellas hay ganancia,²⁶ y en ellas encuentra que "donde Cristo mandó no tener respecto sino a las cosas celestiales, estaban [los pueblos] comúnmente capuzados a las terrenas... y en todos ellos apenas vi una centella de caridad".²⁷ Las oraciones que reza el ciego y que pagan las mujeres son pura superstición; como dice la Virgen, en uno de los *Coloquios*, estas oraciones son absurdas: "Una doncella clama: María, otórgame novio rico y bien parecido. Una casada: Dadme hermosos hijos. Una preñada pide parto fácil."²⁸ Todos parecen haber olvidado que la oración, el acto en que el alma habla a Dios, es esencialmente interior, y no fórmula mágica. Erasmo fue incansable en su prédica por el auténtico valor de la oración cristiana que, siendo deseo íntimo de comunicarse con Dios en acto de amor, nada tiene que ver con la convención exterior del gesto o la palabra repetida como ensalmo de magia simpática:

Tú, por ventura, cuando oras tienes solamente ojo en cuantos salmos mal rezados has pasado por la boca, y piensas que en el mucho hablar está puesta toda la virtud de la oración... No en el ruido

²⁶ ERASMO, *Coloquios*, p. 83: "Con ellos hay otros muchos, fasta en el estado de clérigos e frailes, los cuales, por la ganancia que en ello fallan, tienen por mejor vivir en los grandes pueblos, siguiendo en esto la doctrina, no de Pitágoras ni de Platón, mas la de un ciego de estos que andan por las puertas... porque según decía, donde concurre el pueblo allí hay ganancia."

²⁷ ALFONSO DE VALDÉS, *Diálogo de Mercurio y Carón*, p. 16.

²⁸ ERASMO, *Desiderii Erasmi Opera Omnia*, Lugduni Batavorum, 1703 (republished by The Gregg Press Limited, London, s. d., tomo I) p. 775: "Aliorum vota non tam impia sunt, quam inepta. Clamat innupta: Maria, da mihi formosum ac divitem sponsum. Clamat nupta: Da mihi bellos catulos. Clamat gravida: Da mihi facilem partum."

de los labios mas en el deseo ardiente de las entrañas es lo que toca las orejas de Dios (*Enquir.*, 128).

El pueblo que pide y paga las oraciones del ciego nada tiene de cristiano, y si el ciego es devoto hipócrita por interés, no menos materialistas y falsos religiosos son sus clientes en ese "estimar las cosas exteriores y literales más que las interiores y espirituales... común pestilencia que anda entre todos los cristianos. La cual tanto es más dañosa cuanto más cerca anda, al parecer, de santidad y devoción" (*Enquir.*, 257).²⁹

No solamente es el ciego falso rezador, que pone su fe en "los grandes provechos" de su mercancía, sino que, lógica consecuencia de la carencia de fe genuina, ignora la caridad. Por "el mal ciego" que "le quería y regalaba", pasaba Lazarillo hambres mortales y era maltratado, "sin causa ni razón", después del descalabro del jarro de vino. En cuestiones de caridad conviene entender que para el cristianismo erasmista, el hombre es "deudor particular de sus domésticos en las cosas necesarias" (*Col.*, 125). Además es ed recordar que, supuestamente, no sólo es Lazarillo mozo del ciego, sino su hijo adoptivo. De ahí que la falta de amor del amo, evidente en su irracional sadismo, queda expuesta en claro relieve.

No es menos contagiosa la crueldad del ciego, que la muerte espiritual del cura de Maqueda, y Lazarillo no sólo aprenderá de él astucias, sino que, discípulo también en el desamor, terminará la relación con el que "después de Dios le diera la vida", en un acto de odio vengativo y de suprema indiferencia: "No supe más lo que Dios dél hizo ni curé de lo saber." Ésta es la lección primordial del primer tratado, que comienza con Zaide, un padre verdadero, castigado por actos que nacen de amor a su hijo, y termina con el desamor de un hijo que castiga a un padre falso. Ambos son actos de justicia adecuados a un mundo donde la relación natural entre los hombres es la indiferencia o la crueldad.

En el tratado tercero encontramos a Lazarillo en esa "insigne

²⁹ Afirma Bataillon en *Novedad y fecundidad*... que sería en vano buscar en el *Lazarillo* "la crítica de las devociones rutinarias y de las ceremonias sin alma" (p. 17), propias de la crítica erasmista. Por cierto no está ésta explícita en los términos didácticos en un sermón o de un ejemplo moralizador. Pero no por ser el vehículo literario diferente y la expresión más artística que doctrinaria nos parece tal crítica menos acerba, y sí más incisiva.

ciudad de Toledo", el ombligo de una tierra donde "la caridad se subió al cielo". Y allí encuentra a escudero de buena presencia en "hábito y continente". Pero, "¿a quién no engañará aquella buena disposición y razonable capa y sayo?" (L., 49). No solamente a Lazarillo, sino a muchos críticos que han visto en él un mártir de la honra y el arquetipo del hidalgo pobre, que perdería todo menos el honor. Sin embargo, también esto es engañoso. No es menos hipócrita el escudero que los demás personajes del libro y, en cierto modo, lo es más. De cristiano auténtico nada tiene, pues padece por su honra y no por Dios (L., 49-50). La primera vez que habla a Lazarillo es para mencionar a Dios en contexto evidentemente hipócrita, y siendo todo él mero parecer, también su religión es práctica exterior. En la iglesia le ve Lazarillo "muy devotamente... oír misa y otros oficios divinos"; esto debía ser en él práctica diaria (L., 48), como lo era en el duque del *Diálogo de Mercurio y Carón*, que "oía cada día misa... y rezaba ordinariamente las horas canónicas y otras muchas devociones", y al fin encontró su última morada en el infierno; ³⁰ porque la devoción sin alma es simple signo exterior, un modo más de superstición:

Tan solamente no consiento con aquellos que supersticiosamente tienen que el día que no oyen misa no les ha de suceder bien; los cuales, en acabándola de oír, luego se van a los negocios del mundo, o a robar o a palacio (Col., 23).

Siendo "los locos que así lo hacen", "la mayor parte de los hombres". Pero ni su devoción exterior ni el patético prurito de malentendida honra hacen al escudero consumado hipócrita. Al lector, como al pobre Lazarillo, el escudero le inspira lástima. Pero hasta ahora el hidalgo no ha mostrado más que su apariencia. La revelación llega con esa conversación que lo desnuda hasta de las falsas galas de su pundonor. Cumplidamente comienza defendiéndolo: él es "el hombre de bien" cuyo único caudal es la honra; pero al definir la meta de sus esperanzas, lo que nos revela es el más hipócrita servilismo:

¿Pues, por ventura, no hay en mí habilidad para servir y contentar a éstos? Por Dios, si con él topase, muy gran su privado pienso que fuese y que mil servicios le hiciese, porque yo sabría mentille tan bien (como) otro y agradalle a las mil maravillas; reille ya

³⁰ ALFONSO DE VALDÉS, *Diálogo de Mercurio y Carón*, pp. 60-61.

mucho sus donaires y costumbres, aunque no fuesen las mejores del mundo; nunca decirle cosa con que le pesase, aunque mucho le cumpliese... no me matar por no hacer bien las cosas que él no había de ver; y ponerme a reñir, donde lo oyese, con la gente de servicio, porque pareciese tener gran cuidado de lo que a él tocaba. Si riñese con algún criado, dar unos puntillos agudos para le encender la ira, y que pareciesen en favor de el culpado; decir bien de lo que bien le estoviese y, por el contrario, ser malicioso, mofador, malsinar a los de casa y a los de fuera... Y con éstos los astutos usan, como digo, de lo que yo usaría; mas no quiere mi ventura que le halle (L., 62-63).

Tal es la vida que sería la ventura de este cumplido hidalgo. Así como el ciego es el mal padre, y el cura de Maqueda el mal sacerdote, el escudero es el mal caballero. En los tres se da la más extrema falsificación y la negación rotunda de los valores y los deberes morales de sus respectivas funciones y estados. Pero el que más daño va a causar, por ser el más engañoso, es el escudero, "ca no hay vicios ningunos tan peligrosos como los que quieren parecer virtudes" (*Enquir.*, 257). Notemos que tanto en este caso como en el del buldero, sólo descubrimos la hipocresía esencial al final; de ahí la mayor efectividad de la revelación, pues nosotros mismos hemos creído en las apariencias engañosas. Es evidente el egoísmo del mal hidalgo, que después de haber usado al pobre Lazarillo, engañado por su mansedumbre y buen trato, retribuye su caridad abandonándolo. Nueva y definitiva lección de desamor, que sucede a la de hipocresía. El escudero es el maestro al que Lázaro imitará en cuanto las circunstancias se lo permitan, y trate también él de vestir "muy honradamente" su miseria con capa y espada, "en hábito de hombre de bien". Con tal hábito, cifrará su "buena fortuna" en una vida que es la negación de la más elemental honradez.

No menos hipócrita que el resto es el alguacil, compinche del buldero. La intrínseca falta de caridad en la justicia de los hombres se va desenvolviendo en toda la obra, desde el excesivo castigo del pobre Zaide, hasta culminar en un acto que es insuperable como violación, tanto de lo que debe ser la justicia como de lo que es la caridad:

Y fue, como el año en esta tierra fuese estéril de pan, acordaron el Ayuntamiento que todos los pobres extranjeros se fuesen de la ciudad, con pregón que el que de allí adelante topasen fuese punido con azotes. Y así, ejecutando la ley, desde a cuatro días que el

pregón se dió, vi llevar un procesión de pobres azotando por las Cuatro Calles (L., 55).

Éste es verdaderamente un mundo donde la caridad se ha subido al cielo. Todos los personajes que hemos analizado hasta ahora, salvo los más humildes (Zaide, Lazarillo y las mujercillas que le ayudaron) han sido extraños al más elemental sentimiento de fraternidad humana. Esta ley que hace azotar a los pobres por las calles de Toledo es la propia de un mundo que ha olvidado la ley de Cristo, "pues que, según Él dice, ninguna cosa de éstas padece Él sino donde sus pobres las padecen" (Col., 124).

La sociedad religiosa y seglar del Lazarillo de Tormes es una sociedad vacía de Cristo, que vuelve la espalda al ideal de Amor que Cristo propuso y que Cristo es, de acuerdo con la más auténtica doctrina neo-testamentaria y con el cristianismo erasmista: "Oh! cristianos, cristianos! . . . ¿ésta es la honra que hacéis a Jesucristo? ¿No tenéis vergüenza de llamaros cristianos, viviendo peor que alárabes y que brutos animales?"⁸¹

De Cristianos, todos, en este pueblo que paga oraciones, compra bulas y azota a los pobres, sólo tendrían para Erasmo la apariencia, en ese poner la fe de su salvación en lo exterior y no en el espíritu:

Y vedes aquí vuelto a esto mismo cuasi todo el vulgo o gente común de los cristianos. ¿Qué dije el vulgo? Pluguiése a Dios que no pasase adelante. Ya lo sufriríamos por ventura, que el vulgo lo hiciese, sino viésemos una buena parte de los sacerdotes y maestros y muchos rebaños de aquellos que en los nombres y hábito exterior demuestran vida espiritual, estar revueltos casi todos y ocupados en el error. Pues si la sal pierde su sabor ¿con qué salarán los que están sin ella? (Enquir., 259).

Porque los rebaños no suelen ser mejores que sus pastores. Sin embargo, Marcel Bataillon afirma que el autor del *Lazarillo* reserva "su ironía, poco acerba, para algunos auténticos eclesiásticos en que brillan las virtudes de su estado"; ve en el alguacil honrado custodio del orden, porque sólo considera al amo de Lazarillo y no al compinche del buldero, en quien sí se da "la colusión de alguaciles y ladrones", y se pregunta, respecto del escudero, si alguien "osará calificarlo de personaje

picaresco".³² Se debe seguramente a que su visión de la ética revelada en cada personaje difiera tanto de la posible desde la perspectiva de la *Philosophia Christi*, el hecho de que Bataillon entronque el anticlericalismo del *Lazarillo* al de los fabliaux medievales y al de los cuentos del primer Renacimiento, de modo que para él "sólo una óptica retrospectiva puede hacer tomar la vida de Lazarillo... por una sátira total y amarga de España". No creo que sea necesario considerar el *Lazarillo* desde la novela picaresca del siglo xvii, para ver una sátira total y amarga tal vez no sólo de España, sino de todo un mundo que, habiendo elegido la hipocresía, puede únicamente conocer la total insustancialidad de una vida meramente aparential.

En el mundo del *Lazarillo*, la vida espiritual ha sido aniquilada, y paulatinamente hemos visto asesinar a Lazarillo, que al terminar su trayectoria es un cadáver espiritual. Pero semejante muerte del espíritu sólo es posible en un mundo que, negándose al amor, ha negado el Amor. Si un erasmista genial hubiera querido pintar la corrupción de todos los valores éticos y religiosos de la *Philosophia Christi*, y hubiera querido hacerlo no en un sermón doctrinario, sino como un documento vital encarnado en una autobiografía que cuente la corrupción de un niño, es decir, de la inocencia por un mundo alienado de toda sustancialidad cristiana, ese erasmista no hubiera podido imaginar nada más adecuado a su propósito que el *Lazarillo de Tormes*.

Se ha hecho frecuentemente mención de las numerosas veces que en el *Lazarillo* se cita el nombre de Dios, y en algunos casos en contextos muy ambiguos. No menos notorio es el hecho de que ni una sola vez aparezca en sus páginas el nombre de Jesús. A mi juicio, esto es perfectamente consistente con lo que hemos visto hasta ahora. El Dios que con tanta frecuencia aparece en el *Lazarillo* es, las más de las veces, simple nombre, Dios de ateos prácticos, vacío de sustancia, mero lugar común. Un pueblo que pone el acento de su religiosidad en las prácticas exteriores, de acuerdo con la doctrina erasmista, vive —cuando no cae— en un paganismo supersticioso, una forma de religión judaizante, y "no advierte que no se gana la vida eterna por las obras cirimoniales e mosaicas, sino por la fe evangélica" (*Col.*, 86).

Se dirá que esto no puede aplicarse a las diversas ocasiones en que Lazarillo pide ayuda divina para cometer hechos viles;

³² BATAILLON, *Novedad y fecundidad*, pp. 100-101.

pero a menudo suele olvidarse que quien escribe su vida no es el inocente Lazarillo victimado, sino un Lázaro adulto y cínico, tan vacío de fe como el resto de sus congéneres. En un mundo donde está pervertida la justicia cristiana, Lázaro concibe su Dios como cómplice de su revancha contra el ciego. Ésta fue posible "porque Dios le cegó aquella hora el entendimiento (fue por darme dél venganza)" (*L.*, 26). No es éste el Dios del Evangelio, sino el de la ley del Talión: "Mucha diferencia hay entre el Dios de los judíos y el Dios de los cristianos... la única venganza digna de Dios es el castigo de los vicios" (*Querrela Pacis*, fol. 60r. B 102). La ley de Cristo no es ambigua; es siempre ley de amor, pero muchos, con el Evangelio a cuestas, son en esencia paganos:

Habemus quatuor Evangelia, nos Evangelici quatuor res potissimum venamur: ut ventri bene sit; ne quid desit iis, quae sub ventre sunt: tum ut sit unde vivamus; postremo ut liceat; quod lubet, agere. Haec si suppetant, interpocula clamamus; io triumphe, io Paean; vivit Evangelium, regnat Christus.³³

No difiere mucho esto del materialismo blasfematorio que vemos en el *Lazarillo*. Así como los falsos cristianos del *Coloquio* de Erasmo —cuyo ideal de vida es bien semejante al de tantos pícaros españoles— en el abismo de la degradación epicúrea lanzan, junto al grito báquico, el nombre de Cristo, así también en nuestra novela Jesús aparece por primera vez explícitamente, aunque en forma sacramental, cuando el protagonista ha alcanzado la cima de su oprobio: "Que yo juraré sobre la hostia consagrada que es tan buena mujer como vive dentro de las puertas de Toledo" (*L.*, 80).

Impiedad es por cierto el juramento, pero bien puede aplicarse aquí el comentario de Valdés referido a la profanación de la hostia en el Saco de Roma:

El sacerdote que levantándose de dormir con su manceba, no quiero decir peor, se va a decir misa... el que tiene rencor pestilencial contra su prójimo, el que mal o bien anda allegando riquezas, y obstinado en estos y otros vicios, aún muy peores que éstos, se va cada día a recibir aquel santísimo Sacramento ¿no os parece que aquello es echarlo peor que en muy hediente muladar?³⁴

³³ ERASMO, *Opera Omnia*, tomo I, p. 833.

³⁴ ALFONSO DE VALDÉS, *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, p. 203.

Las manos que consagran la hostia, las del arcipreste de San Salvador, las del buldero, las del cura de Maqueda, son aún más sacrílegas que el cinismo de Lázaro. Así como no son los hombres peores que sus pastores, tampoco es la mujer de Lázaro peor que las demás; porque la infamia no es atributo de uno que otro personaje, sino de todos.

El autor de esta novela ha hecho vivir en ella una humanidad que, desangrada de fe y de amor, sólo vive una apariencia de humanidad. Desde el prólogo, pasando por el escudero, hasta el último tratado, se revela el cuidado por la honra de los "hombres de bien", una honra absolutamente divorciada de la virtud. La condena erasmista de este tipo de actitud es virulenta: éstos que estiman más el nombre que las obras ni siquiera merecen el nombre de hombres.³⁵ Pero de este "traje de mentiras todo está lleno" (*Col.*, 250). En ese sumirse en la muerte de la apariencia vive el triunfo implacable y generalizado de la hipocresía, que, como hemos tratado de mostrar, es constante en el *Lazarillo*. La hipocresía generalizada es tema familiar a las preocupaciones erasmistas, y es de notar que en los *Coloquios* también se insiste en la pintura de una sociedad hundida en engañoso aparentar:

Hipócritas se podrán llamar todos aquellos que no son lo que parecen, bien como en las comedias que se representan, los que parecen reyes no son reyes, ni los que parecen obispos son obispos... De esta hipocresía está por nuestros pecados lleno el mundo e la mayor parte de los hombres viven de esta manera enmascarados, porque son pocos aquellos que en sus dignidades, en sus oficios, en sus pueblos, en sus casas e familias hacen lo que con el nombre, hábito e lugar representan... Acabada la farsa de este mundo, muchos que dejan acá la máscara de las muestras exteriores, aunque no solamente a los otros, mas aún a sí mismos se engañaban (*Col.*, 100-102).

Porque la odisea de *Lazarillo* es un internarse progresivamente en la oscuridad espiritual; mozo de ciego, termina ciego él mismo, entre hombres que viven engañados engañando: "Cuántos debe haber en el mundo que huyen de otros porque no se ven a sí mismos" (*L.*, 11). El mundo del *Lazarillo* es un

³⁵ ERASMO, *Coloquios*, p. 248: "Beato —¿No se tiene en más el nombre que la cosa? Bonifacio —Así me parece... Beato —Pero todos éstos dirás que son hombres? Bonifacio —Y aún yo me temo que nosotros perdamos el nombre de hombres."

mundo de ciegos, en el cual se ha trastrocado la verdad por la apariencia, la justicia por la crueldad, el amor por el egoísmo, la virtud por la honra nominal, el parecer, por el ser. Pero todo este cosmos del des-valor es posible y hasta necesario —diría un auténtico erasmista— si la humanidad ha rechazado la única fuente de "Luz, de Verdad y de Vida", el Dios que es Amor. No sólo Lázaro tiene el alma muerta, sino todos sus congéneres, ya que, repitámoslo, "no tiene en sí a su verdadera vida, que es Dios. Ca donde Dios está allí mora la caridad. Pues el mismo Dios es caridad". Ni siquiera el nombre de Cristo pudo estar presente en un libro que, como pocos, ha hecho vivir la deshumanización del hombre alienado de Cristo.

Sería osado en una obra tan compleja como el *Lazarillo* afirmar de lleno una absoluta filiación erasmista pero, a la luz de la evidencia textual, no menos osado sería negarla. El resplandor de la *Philosophia Christi*, que alumbró tan fecundamente la vida intelectual de la España de Carlos V, en mucho puede iluminar, y en modo alguno parece ser ajeno a la esencia espiritual y la realidad ética del *Lazarillo de Tormes*.

ALICIA C. DE FERRARESI

Stanford University.

